

## Reseña

Kathya Araujo (coord.). *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile*. Santiago: Lom Ediciones, 2019. US\$20,97 (ISBN: 9789560012340), 320 pp.

### **Carolina Aguilera**

**Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile**

Podía algún investigador presagiar que el malestar social —convertido en revuelta— iba a tener al metro, ese espacio moderno ejemplar que nos llena de orgullo a los santiaguinos, como blanco de ataque? Ciertamente, ninguno. Sin embargo, Kathya Araujo fue posiblemente quien llegó más lejos al respecto. Sus estudios le permitieron afirmar, a los pocos días de iniciado el estallido social, que el metro condensaba gran parte de las paradojas de la modernización que reventaron ese 18 de octubre de 2019 en Chile:

las personas usaban el metro como una metáfora extremadamente fuerte de la sociedad, con sus contradicciones, sus abusos, sus tensiones. Donde las personas dicen ser 'tratadas como animales' en la hora punta. El metro es las dos cosas: un lugar querido, celebrado, que al mismo tiempo resolvió y no resolvió nuestros problemas, igual que el país. (Araujo 2019)

Esta capacidad comprensiva de los fenómenos sociales se lee también en *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile*. Este libro obedece a una apuesta investigativa que observa la sociedad a partir de las interacciones cotidianas de las personas, preguntándose cómo se configuran los lazos sociales a partir del saber que se genera en dichas experiencias. Se asume que *la calle* es uno de los espacios urbanos de interacción más rico en vivencias y generador de saberes de una sociedad.

---

CAROLINA AGUILERA es socióloga de la Universidad de Chile, y Doctora en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile. Se desempeña como investigadora posdoctoral en el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile. Es investigadora adjunta del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, COES, Chile. Dirección: El Comendador 1916, Providencia, Santiago, Chile, CP 6640064. Email: [caaguilera@uc.cl](mailto:caaguilera@uc.cl).

[G]racias a su significación libidinal, a su capacidad expresiva y a su carácter de fábrica y laboratorio de lo social, la calle, surtidora incansable de experiencias sociales, es probablemente uno de los espacios, si no el espacio más destacado, de *generación de saber sobre lo social y sobre la vida en común*. (15)

Poner el foco en las experiencias cotidianas no es solo una apuesta epistemológica, sino que se debe a un diagnóstico: la sociedad chilena ha experimentado dos grandes transformaciones en las últimas décadas, que han dado lugar a una condición paradójica que genera profundos malestares. Por un lado, el proceso de democratización iniciado con el fin de la dictadura produjo, entre otras cosas, expectativas de horizontalidad y reciprocidad en el trato. Por el otro, la instalación de un modelo de coordinación social basado en el mercado, ha empujado a las personas hacia trayectorias de vida construidas individualmente, en competencia y en contextos de precariedad social y laboral. Ello ha provocado expectativas que se ven constantemente insatisfechas en la vida cotidiana, lo que a largo plazo se ha manifestado en un desapego hacia las instituciones. En este contexto, se ha fortalecido el lugar de las interacciones cotidianas “y las experiencias concretas para definir las orientaciones de la acción, los juicios y la adhesión a la sociedad” (Araujo 2020, 25).

*Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile* ofrece un análisis situado de esta problemática, ahondando en las consecuencias que trae el vivir en esta ciudad y sociedad en permanente entredicho y que, junto con lo anterior, produce una serie de desigualdades e irritaciones interaccionales. En los diferentes capítulos del libro se muestra cómo el habitar la calle implica vivenciar una serie de desigualdades de trato, por ejemplo en los usos de los espacios, tanto por nivel socioeconómico, de género, de edad y de salud. En particular, en la calle se vive una lucha constante por el espacio y por el tiempo. El concepto de irritaciones interaccionales busca develar que

[!]a vida social es percibida como extremadamente conflictiva y desgastante, porque se encuentra recorrida por un conjunto de molestias y perturbaciones interactivas. Los otros [...] son percibidos como un destino para la desconfianza, un depósito de la decepción, una fuente de amenaza para la integridad, un surtidor de humillaciones, un competidor por recursos tan básicos como el espacio o la dignidad. (Araujo 2016, 14)

Los primeros tres capítulos del libro están dedicados a presentar el marco analítico. Además, dan cuenta de los estudios sobre Santiago

como una metrópolis modelada por prácticas de segregacionistas y autosegregacionistas, y se problematizan los dos imaginarios más punzantes que se atribuyeron tempranamente a la ciudad moderna, aquella que la imagina como el espacio de lo común y la que supone que es el espacio donde prima el encuentro anónimo. A partir de observaciones etnográficas y entrevistas, los capítulos van mostrando que las experiencias cotidianas en las calles van negando estos ideales.

Los capítulos a cargo de los investigadores que realizaron el estudio dirigido por Araujo, abren esa sección con dos relatos que dan cuenta del carácter segregado de la urbe. El incisivo capítulo sobre el barrio El Golf, de Brenda Valenzuela, muestra, entre otras cosas, los diferenciales en el uso de los espacios según se trate de cuerpos que pertenecen al lugar (por residencia o empleo de alta renta) o ya sea que se trate de un otro que viene a cumplir servicios de aseo, cuidado o seguridad. Los cuerpos delgados y de tez clara que se mueven con soltura, contrastan con los de quienes circulan con timidez y sobrepeso. Los uniformes que distinguen a estos últimos terminan de afirmar su extranjería. Este paisaje contrasta fuertemente con la vida en un barrio marginal acechado por la droga, como es retratado en detalle por Jennifer Concha gracias a su doble mirada, en cuanto oriunda e investigadora de una población. En estos territorios, los habitantes se ven constantemente tensionados por su identificación territorial, debido a los estigmas y discriminación que sufren por vivir allí. Esto los lleva a buscar de manera constante una legitimación como sujetos dignos y diferentes a su condición de origen. Sin embargo, lo que más distingue estas vidas es su condición paradójica frente a la calle, pues su sobrevivencia depende en gran medida de que puedan encontrarse alejados de ella, por el peligro que significan tanto las armas como la droga.

Pero las calles son también observadas desde otras experiencias, como la de ser mujer. Dos capítulos abordan la condición de género: uno sobre mujeres universitarias (por Felipe Ulloa) y otro sobre mujeres adultas mayores (de Camila Andrade). Estos muestran las dificultades que enfrentan, por un lado, las más jóvenes debido al acoso sexual, y, por otro, los problemas de movilidad y acceso que sufren las mayores a causa de los inconvenientes propios de la edad y la inseguridad.

En otros capítulos se retrata la vida de una de las actividades que ha conformado la vida urbana desde antaño: el comercio. Ello, desde la

óptica de los vendedores ambulantes del centro de Santiago (por Moisés Godoy) y desde la perspectiva de los espacios que son ocupados por grupos migrantes latinoamericanos en el barrio Matadero Franklin (por Claudia Pérez). En ellos también se exponen las diferentes modalidades en que se negocia el uso del espacio en contextos de persecución policial, por un lado, y de discriminación, por otro. Finalmente, también se presenta un capítulo sobre el metro, a cargo de Miguel Barrientos, que confirma lo dicho en un inicio respecto de ese lugar.

Así, el libro muestra que la calle como espacio de lo común se ve desafiado permanentemente. Junto con lo indicado más arriba, estas negaciones se agudizan por prácticas de protección frente al afuerino, motivadas por la desconfianza, mediante guardias, cámaras, armas o perros. A su vez, el ideal de la calle como espacio común se ve desafiado por su morfología, ya que estos parecieran estar diseñados especialmente para hombres jóvenes y sanos. El metro en hora punta es el paroxismo de esta realidad, ya que su uso en tal horario implica una verdadera contienda cuerpo a cuerpo con el otro. Si bien el libro no presenta un análisis sobre los buses, sus páginas muestran cómo la movilidad en la ciudad implica la mayoría de las veces una lucha constante por el espacio y por el tiempo. Ello, y las desigualdades a las que estas experiencias dan lugar, implican que una parte importante de la población va acumulando irritaciones interaccionales.

Pero la calle santiaguina tampoco ofrece el lugar del anonimato, como imaginaron Simmel o Benjamin hace más de cien años atrás. Por el contrario, transitar por las calles es una experiencia en la que todos somos constantemente evaluados —y evaluadores— acerca de si pertenecemos ahí o no, evaluación que se realiza a partir de nuestros cuerpos, vestimentas y usos del espacio. Así lo muestra una reflexión profunda sobre el rol de la mirada en las interacciones sociales, en un capítulo a cargo de Raimundo Frei. Luego de un excursu teórico sobre el lugar de la mirada en la teoría sociológica, el autor presenta los resultados de una investigación anexa a la que articula al resto del libro y que presenta las diferentes formas de mirar/no mirar al otro en la calle, y las consecuencias que ello trae en la vida social del país.

Las formas de mirar serían tres. En primer lugar, la no-mirada destinada a negar al otro por rasgos que lo indican como indeseable (ser pobre o minusválido, por ejemplo). No mirar, en este caso, busca evitar

generar algún tipo de reciprocidad, para no tener que responder al llamado de auxilio o de reconocimiento. En segundo lugar, la mirada menospreciativa de 'mirar en menos', la que configura una forma prevalente de maltrato y que mella el lazo social, y además es fuente de irritaciones interaccionales. Finalmente, el capítulo se extiende sobre lo que se llama la mirada hostil al cambio social, aquella que se usa para rechazar a quienes buscan ascender socialmente, pero que también es adoptada por quienes lo logran.

En contraste con esta lectura sombría, destacan los pasajes en que se retratan las prácticas de disfrute de la ciudad, como las experiencias de libertad que pueden gozar las mujeres jóvenes o la posibilidad de sociabilidad que da el encuentro barrial con vecinas para las adultas mayores, o las transformaciones en el mercado de comida callejera o de las peluquerías a raíz de la llegada de migrantes latinoamericanos.

El libro es un aporte al conocimiento sociológico de los problemas que aquejan y agobian a los santiaguinos. Sin embargo, también ofrece una descripción densa, propia de la metodología empleada, de cómo el diseño y la planificación urbana de los espacios de movilidad son fundamentales a la hora de crear mejores ciudades: un transporte urbano en que las personas no se vean obligadas a entrar diariamente en una guerra de todos contra todos —en la cual evidentemente solo pueden participar los más aptos para ello, es decir, jóvenes adultos sin discapacidades físicas—; calles que no constituyan un peligro para el tránsito de personas mayores o mujeres jóvenes; y, sobre todo, una ciudad que permita romper las barreras sociales entre los más privilegiados y el resto de la población.

Así, *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile* resulta una inspección profunda sobre la calle como laboratorio social, con una mirada un tanto sombría que devela que vivenciarla es mayormente constitutivo de un malestar. Como se ha indicado, no se trata tampoco de una experiencia urbana homogénea, sino, por el contrario, estaría atravesada por condiciones de clase, género, edad, salud y situación laboral. Este alcance es también la principal limitación del libro, al no abrirse a una conversación sobre otras indagaciones cualitativas que se han realizado sobre la ciudad de Santiago y sus calles, por parte de autores como Francisca Márquez, o desde miradas que presenta la literatura, como el reconocido libro de Carlos Franz, *La muralla enterrada*. Quedará para el lector generar esos cruces.

## Bibliografía

- Araujo, K. 2016. Desigualdades interaccionales e irritaciones relacionales: sobre la contenciosa recomposición del lazo social en la sociedad chilena. Serie Documentos de Trabajo COES. Santiago: COES.
- Araujo, K. 2019. Protestas en Chile: Las élites empresariales y políticas apretaron la tuerca más de lo que tenían que apretar. *CNN online*, 22 de octubre. Disponible en: <https://www.24horas.cl/noticiasbbc/protestas-en-chile-las-elites-empresariales-y-politicas-apretaron-la-tuerca-mas-de-lo-que-tenian-que-apretar-3672552> [15 de octubre 2020].
- Araujo, K. 2020. Desmesuras, desencantos, irritaciones y desapegos (15-36). En Araujo, K. (ed.), *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago: Colección IDEA, Universidad de Santiago de Chile.
- Franz, C. 2011. *La muralla enterrada*. Santiago: Grupo Editorial Planeta.
- Márquez, F. 2017. *[Relatos de una] Ciudad trizada. Santiago de Chile*. Santiago: Ocho Libros. *EP*